

El profesor Heidegger

En Friburgo y en el año académico 1928/1929, Heidegger dictó un curso de introducción a la filosofía que ahora se conoce en castellano* gracias a la heroica tarea de Jiménez Redondo, quien ha hecho un trabajo de verdadera y minuciosa descongestión elocutiva, perfectamente opuesto al de algunos colegas suyos, que embrollan a Heidegger más de lo que Heidegger se embrolló y embrolló a sus alumnos, hipnotizándolos con el embutido cancilleresco de su prosa. En efecto, Redondo ha hecho una suerte de glosario constante y fundamentado de sus opciones lexicales, de modo que el lector puede, aproximadamente, leer un texto bilingüe. Desde luego, cuando el leñador de la Selva Negra se niega a privarse de ridiculeces y cursilerías, hay que respetárselas. Ejemplo al caso: «El desocultamiento del ente, es decir, el venir el ente desoculto, queda específicamente orientado a tal carencia de cobijo y protección dentro de él», etc. (p. 381).

* *Martín Heidegger. Introducción a la filosofía, traducción de Manuel Jiménez Redondo, Cátedra, Madrid, 1999, 469 pp.*

Con todo, estamos ante una suerte de texto didáctico, donde algunos diáfanos momentos permiten achar el verdadero mérito de Heidegger: no haber sido un inventor de pensamiento, como Bergson, Wittgenstein o Husserl, sino un comentarista que supo trazar ese espacio geográfico por donde pasan todas las corrientes mentales del siglo XX. Digo suerte de texto porque se trata de una composición conseguida al reunir los apuntes de clase del propio Heidegger con los de algunos discípulos, a la manera como se rescataron tantas enseñanzas de Hegel, sin ir más lejos.

Visto a la distancia, y sin olvidar la cercanía temporal de *Ser y tiempo*, el curso trasluce el eclecticismo de Heidegger, que él supo disimular mistificando su discurso con tantas revueltas sintácticas y neologísticas. Su noción de la filosofía como un filosofar que se construye como visión del mundo (y no como ciencia ni como sistema) proviene directamente de Nietzsche y tiene cierto aire tautológico, pues se comienza sosteniendo que el ser del hombre consiste en filosofar su existencia situada en el tiempo de la historia y se acaba sosteniendo que la filosofía es la visión del mundo hecha por cada hombre en su convivencia con los demás, situados todos en la circunstancia que diseña el tiempo de la historia. Si cabe la traducción: la filosofía no es ciencia (saber objetivo y universal, imper-

sonal y críticamente válido) ni sabiduría (saber individual basado en el existir, *Existenz*, y no en la existencia, *Dasein*), sino creencia, lo que se denomina también ideología, sistema de opciones que se formulan en ese constante salirse de sí, ir más allá y trascender, que es lo propio del hombre.

La filosofía no es ciencia, además, porque está antes que las ciencias, en su punto de partida y hasta en su fundamento. No es un sistema porque no parte de premisas que su devenir confirma, ni es una empresa de apoderamiento del mundo. Es un hacer (*verum factum est*) y no una contemplación, que la existencia va desarrollando en ese mundo extraño al cual ha sido arrojada sin saberse por qué y en el cual tropieza con los entes que conforman, precisamente, el mundo: cosas que una estructura de fines convierte en objetos y que se conjuntan para formar el mundo. Al patentizarse, los entes son significantes y verdaderos, condición de verdad de toda enunciación. Entes velados que el proceso de la existencia va desocultando o revelando en el devenir infinito de la verdad. La verdad, entonces, no pertenece a la esencia de las cosas, sino que es una cuestión existencial porque, viceversa, la existencia es el descubrimiento de la verdad como tarea, misión, propuesta y cuidado de la existencia misma (la célebre *cura* o *Sorge* heideggeriana).

La filosofía, con más, se define a sí misma y desde sí misma, es *filía*, o sea amistad que pelea con lo que ama, un discurso del método análogo a la filología, que también es *filía* de la lógica, del logos, del decir organizado. Al no aceptar protecciones ni sostenes extraños (la autonomía del saber profano, principio fuerte de la modernidad) la filosofía rechaza la finitud del saber (principio sofístico) y admite los límites de aquello donde estamos, que es lo único de lo que podemos saber. En efecto, lo real no es objeto de la filosofía, en tanto sólo puede conocerlo Dios, poseedor de todos los puntos de vista. Heidegger revisita a Kant y a lo nouménico de lo real, cosa en sí vedada a la razón, que se mueve en el mundo de los fenómenos, donde reinan los puntos de vista.

Arrojado más allá de sí mismo, dotado de una existencia que no ha elegido, yacente entre objetos que lo preceden, el hombre no se pertenece y su filosofar carece de fundamento, es nulidad que sólo puede tomarse como apoyo de sí mismo, cobijo en la intemperie universal y trampolín para el salto hacia el más allá de la trascendencia que supere la radical inconsistencia de su vida. Por mejor decir: su existencia, ya que el hombre, más que vivir, existe.

La filosofía, en tanto trata de conceptualizar al ser, es una tarea imposible, puesto que el ser es ajeno al concepto. La noción de ser que

maneja este Heidegger es el puro ser de Hegel, el ser sin devenir, o sea la nada. Ontología nihilista, esta consideración del ser se abre a los interrogantes de *Ser y tiempo*: hay ser pero corresponde dejarlo fuera del juego conceptual para que el pensamiento se torne posible en el devenir de los entes en el tiempo. Juego que se trasciende, el mundo y su pensamiento se estructuran en visiones del mundo (*Weltanschauungen*: visiones que son intuiciones, conocimientos inmediatos que se pegan a su objeto) es decir en bases para la actuación, lo que tradicionalmente se ha llamado ideologías.

Cuando matiza respecto a la verdad, Heidegger se vuelve hacia Schelling y su noción de conocimiento mítico. El mito y la ciencia no se oponen ni se excluyen, sino que conserva cada uno su terreno. Ninguno es superior ni la ciencia anula al mito con sus logros. Quizá sea en este punto donde se teje el lugar crítico del pensamiento heideggeriano y cometa Heidegger su error más poderoso, porque confunde origen y comienzo, al sostener que el ser se aleja del origen a medida que deviene en la historia. El origen es mítico y, por lo mismo, no se puede estar lejos ni cerca de él, sino que aparece a cada momento. El comienzo no es mítico, sino histórico y sí es factible alejarse de él. Ya un paisano de Heidegger, Thomas Mann, lo dijo con insuperable don de síntesis poética: cualquiera de

nosotros está tan lejos del origen como el primer hombre.

Junto a aquella empresa imposible (la ontología de un ser que es nada) la ciencia construye la utopía de la verdad por la verdad, la cosa misma de Husserl. No la naturaleza, desde luego, que se postula incognoscible para el pensamiento profano. En cualquier caso, los objetos comunes a ambas son los entes, proyecciones del ser (que es la nada). Aquéllos se conocen, éste se comprende.

Según de qué hilo se tire, la trama heideggeriana, como dije al principio, es el registro intelectual del siglo XX. Da para una antropología existencial: la filosofía es lo propio del hombre, que protagoniza las cosmovisiones desplegadas en la historia (aquí Heidegger se complace con sus ariscos seguidores franceses de los años cuarenta y hasta con cierto marxismo). Da para el nihilismo que proclama la vacuidad e inconsistencia del mundo, sea que reclame una mística negativa o se complazca en la levedad pasatisita de lo posmoderno. Da para el fundamentalismo, ya que una existencia sin apoyo puede ser el punto de partida para la búsqueda de un apoyo incommovible, religión o mitología. Da para el comunitarismo totalitario, si pensamos el ser como ser-con en el seno de una comunidad que cobija a los suyos en la uniformidad. Da para el anarquismo activista, que convierte la